

EL ESPEJO DE TINTA •

ELENA ALONSO FRAYLE

(Bilbao, 1965)

Abogada-economista



Comenzó a dedicarse a la literatura en el año 2008. Su primera novela, *El legado de la Misión Iwakura* (Aguacilar), se publicó en el 2010 y obtuvo el Premio de Novela Corta Gabriel Sijé. Ha sido premiada en diversos certámenes de novela, tanto para adultos como juveniles. Cultiva a su vez el género del cuento, en el que también ha recibido diversos galardones.

Humo sobre Bebelplatz (II)

El sol de mediodía me hace sudar. Enjuogo algunas gotas de la frente con un pañuelo de papel. Busco inútilmente una papelería donde arrojarlo. Maldita ciudad. Un grupo de jóvenes vociferantes se aproxima desde el otro lado de la calle. Visten camisetas amarillas y entonan himnos con ritmo de samba. Cuando están a mi altura, intento abrirme paso a codazos. Ellos agitan sus banderas y anuncian desafiantes futuras victorias; me aturde su aire decidido, su confianza. Finalmente me hago a un lado y los dejo pasar; los miro alejarse hasta que se pierden entre la multitud. Me encamino hacia la Jägerstrasse. Sophie había perdido las erres francesas cuando me facilitó la dirección por teléfono. ¡Javier! ¿Cómo me has encontrado? Me reconfortó seguir siendo Javier, a secas. Ni siquiera había dicho «qué Javier». Sophie y su eterna sabiduría. Y Javier y sus horas perdidas, atrincherado frente al ordenador, rastreando como un sabueso, enamorado como un imbécil, nada menos que después de diez años. El Google es un pozo de sabiduría, le dije al teléfono. Era verdad. Hacía tiempo que sabía que Sophie estaba de nuevo en Berlín, una de esas agencias extraviadas en algún organigrama oficial la había contratado como asistente, algo relacionado con los escritores judíos en la Alemania nazi: se ocupaba de localizar y clasificar los volúmenes originales que sobrevivieron a aquella quema en Bebelplatz. Tampoco dio muchos detalles al teléfono, y yo preferí no preguntar demasiado. El miércoles estaré en Berlín, arriesgué, tragándome como pude el temblor de la última sílaba. Por un momento pensé que se había cortado la comunicación. Si tienes tiempo, ven a verme, susurró finalmente. Y tuve la absurda sensación de que Sophie llevaba diez años esperando mi llamada.

Sophie tenía la costumbre de pelar las naranjas con las manos.

—Pareces un monito —le dijo Javier, contemplando muy serio las cáscaras que se amontonaban en su plato—. ¿No te han enseñado a utilizar el cuchillo, Sophie?

—¿Acaso te molesta? Son mis manos, mis uñas y mi naranja. Y se trata de un reto.

—¿Un reto? Qué quieres decir con un reto.

Sophie irguió el torso al otro lado de la mesa. Habían encendido una vela que otorgaba a la cocina una luz cálida y suave.

—Pues que, en realidad, es más difícil hacerlo así, Javier. Valerme de mis manos, únicamente de mis manos. No pensar en si



ÁNGEL MALLÉN VÁZQUEZ. Nacido en Zaragoza, es miembro de la Sociedad Fotográfica Turolense (SFT), en cuyas actividades participa de manera activa. Ha ganado diversos premios fotográficos, entre ellos el Torneo Fotográfico 'Teruel Ciudad del Amor' en el año 2014.

apestarán a naranja cuando termine, no pensar en esas odiosas hebras que no seré capaz de arrancar, no pensar en que con el cuchillo lo haría más rápido y mejor. Pero darme el gustazo de demostrarme que puedo hacerlo. ¿Entiendes?

Él la miró con atención, al principio sin decir nada. La llama de la vela iluminaba directamente los ojos de Sophie y sumía sus pómulos en sombras. Su rostro parecía dotado de un desconcertante relieve.

—Según eso, estaríamos todos en la Edad de Piedra, ¿no te parece? —Javier aún sostenía el cuchillo en la mano derecha—. Dándonos el gustazo de hacer las cosas como primates, pero eso sí, haciéndolas triunfalmente solos.

Sophie sopló sobre la vela y extinguió la llama. Un hilo de humo rebelde se perdió en el aire oscuro de la cocina. Sonrió en la penumbra.

—¿Ves? Puedo seguir pelando mi naranja en la oscuridad sin temor a lastimarme. ¿Qué me dices a eso?

—Te digo que yo hace rato que terminé de pelar la mía.

—Pues ahora yo te pido que me ayudes. Veamos si te atreves a utilizar tu cuchillo —le tendió la naranja por encima de la vela apagada.

Javier apesó la mano de Sophie, por un momento ambos

sostuvieron la naranja a medio pelar. Rieron. Después él se levantó y encendió la luz.

Jägerstrasse 41. Un portal elegante en uno de esos edificios de fin de siglo, remozado en fechas muy recientes. Percibo el olor acre de la pintura cuando me acerco al panel de los timbres. Un diminuto adhesivo blanco informa al visitante de que la oficina en la que trabaja Sophie se encuentra en el tercer piso. Pulso el timbre, y al instante escucho el zumbido sordo que me franquea el paso. La puerta es de hierro forjado y me siento resoplar por el esfuerzo cuando la empujo. Estoy sudando, las manos frías. Compruebo que no hay ascensor. Miro hacia arriba y observo los rellanos silenciosos que se precipitan sobre mi cabeza. En lo alto, coronando la escalera, distingo una cristalera de colores brillantes. Siento un ahogo en el pecho, las rodillas continúan temblando. Inspiro y me aferro al pasamanos. Allí arriba, en algún lugar próximo a la cristalera iluminada, me espera Sophie.

—Javier, por última vez, aún estoy a tiempo de olvidarme de ese avión, de quedarme aquí contigo—insistió Sophie, ya dentro del taxi—. Al menos hasta que termine tu beca.

Él cerró la puerta del coche con suavidad, como si temiera

que pudiera romperse. Se inclinó sobre la ventanilla abierta.

—Prefiero atesorar el recuerdo de lo que podría haber sido. No me arriesgo a perder eso, Sophie —tomó su mano y besó sus dedos—. Al menos, eso.

Ella apretó los labios y cerró la ventanilla. Él enterró las manos en los bolsillos y no hizo ningún gesto de despedida cuando el automóvil inició su marcha.

El taxi se alejó velozmente, succionado por un huracán de tráfico matinal. Enseguida fue tan sólo un pequeño punto de color beige próximo a la Puerta de Brandenburgo. Pero él aún divisaba —o se convencía de que divisaba— su mano blanca, francesa y blanca, con la palma pegada al cristal, como si fuera a golpearlo: una jaula de la que quisiera escapar. El coche se desvió por un carril lateral, se introdujo en la avenida y desapareció de su vista cuando enfiló las brumas verdes del Tiergarten, en dirección al aeropuerto.

Ya no recuerdo dónde leí lo del síndrome del alpinista. Invierten años, décadas, preparando meticulosamente el ascenso a la cumbre más anhelada. Cuando se hallan frente a ella, les gana el pánico. Algunos abandonan, sin más; otros llegan a enloquecer. Imagino a Sophie en lo alto de su cumbre. Esperando una palabra en un taxi, una llamada lejana, el

sonido de un timbre ante un portón de hierro. Así para siempre. Avanzo con paso cansino, el sol me pica en la nuca. Ahí está de nuevo: el abismo transparente, la plaza desierta. No se ven turistas ni jóvenes de banderas victoriosas, como si este lugar desolado fuera hoy mi territorio exclusivo. Me acerco despacio y me inclino, igual que Sophie aquella noche. Las estanterías continúan tan vacías como entonces. Pienso en los libros de aquellos desdichados, en los que nunca llegaron a escribir. Ya no habrá quien lo haga por ellos; Sophie y otros como Sophie se limitarán a escharbar en el vacío y a rellenar con aire eternamente suspendido las historias que no acontecerán jamás. Propino un sonoro puntapié a un adoquín tembloroso. Miro el reloj y compruebo que falta una hora para la cita con mi socio. Entonces será mejor que me apresure. Aprieto el paso y abandono Bebelplatz por una estrecha calle lateral.

El espejo de tinta

El relato de hoy, continuación del de ayer, obtuvo el primer premio en el certamen literario Juan Martín Sauras de Andorra en el año 2017. La imagen que lo ilustra ha sido realizada por miembros de la Sociedad Fotográfica Turolense.